

adolescencia... Por ejemplo, el caso de Noel Latterade. De esa advertencia que su padre no le ha hecho, se ha encargado el colegio, y ¡sabe Dios en qué condiciones y con qué deformación caricaturesca! Magdalena Demonville, a los trece años, es una niña inocente. «¿Cómo?—me diría su madre—, ¿quiere usted que oscurezca esas pupilas límpidas?...» Señora, su hija de usted puede casarse dentro de tres años y ser madre dentro de cuatro... De aquí a allá esté usted segura de que esos ojos cuya limpidez la entusiasma, se abrirán a la realidad por una curiosidad peligrosa o por la malicia de otro... Apresúrese, pues. Es su deber.

Tengo sobre mi mesa dos pequeños volúmenes que he traído en mi equipaje. Uno usado en diferentes casas de educación suizas; está escrito en francés y se intitula: «La escuela de la pureza.» El otro se llama: «What young people should know.» (Lo que debe saber la juventud.) Tengo entendido que en varios colegios de América está ese libro entre las manos de niños de doce años. Tu cuñada, querida Francisca, o la señora de Demonville, se escandalizarían si les propusiese dejar ese libro al alcance de sus hijos... Sin embargo, esos dos libros son los que debían dárselos, porque son la línea recta, la sinceridad, el valor, mientras que el sistema de estas señoras es querer y no querer, es tratar hipócritamente a los niños como si no supieran lo que saben, y todo eso, sin preocuparse de lo que se habla ante ellos. Es una cobardía doble.

## CARTA VIGESIMOTERCERA

La vida interior en Ambleuse.—La biblioteca.—Sección instructiva.—Griego, latín, francés, lenguas modernas, ciencias.—Fracaso de la nueva incubación.—Una conferencia sobre el arte de aprender.

Lo que me gusta de este delicioso Ambleuse, mi querida Francisca, además del silencio agradable, es que las personas y hasta las cosas conspiran para defender y caldear la vida interior. Jorge de Lespinat, sin discusión, es la muestra más encantadora de la «nueva incubación» que conozco: maneras perfectas, elegancia de aspecto, inteligencia cultivada, como sólo la tienen algunos elegidos, alma ardiente y corazón altivo, comprendo esa simultánea inclinación que siente hacia la coqueta Blanca y la tierna Silvia. Su padre, a primera vista, parece un hidalgo campesino, como se cuentan por cientos en nuestras provincias: la caza, el campo, una política limitada a los intereses propios, una docena de libros leídos al año; eso es todo lo que revela su conversación amable... Pero ahora sé por las confidencias de Jorge que este alquero cazador vivió en su juventud, y continúa viviendo una novela a lo Jorge Sand. Muy joven aún, se enamoró de una señorita de su clase, de la que hizo su esposa y con la que



vivió ocho años de una felicidad celosa y solitaria. La muerte de su mujer, llevada por una crisis de apendicitis aguda, le dejó solo, con un niño de tres años. Desde entonces, se consagró a la educación de su hijo y al recuerdo de la desaparecida. —Papá sigue queriendo a mamá más que a mí—me dice Jorge, no sin un poco de tristeza, porque adora a su padre y le admira—. Su padre, según dice él, pasa largas horas en su habitación con los retratos y los objetos de la única mujer que quiso. Lo que no me ha dicho Jorge (pero yo lo he adivinado en ciertas reticencias y frases de mi huésped) es que el señor de Lespinat, a fuerza de pensar en la esposa muerta, se ha ido deslizando suavemente hasta una especie de espiritismo. Y cuando corre el cerrojo de su puerta evoca a la ausente—estoy seguro—, conversa con ella, la ve... ¿Quién osaría burlarse de él o condenarlo? Tales extravíos del pensamiento son más disculpables que el olvido.

La habitación que más me agrada de esta casa, que conserva su aspecto de antigüedad pura, sin rebuscamientos de gusto dudoso, es, quizás, la biblioteca... Desde su origen no se ha operado en ella más cambio que el aumento progresivo por cada generación del modesto tesoro: modesto porque no contiene ningún libro de gran precio; y los más valiosos han adquirido su valor durmiendo, por ejemplo, esa edición brochada de Stendhal, de la que cada volumen, que costaría, cuando se compró, algunos francos, valdría ahora diez luises. Anteriores a la época de Luis XVI, hay pocas obras; algunos in-folio griegos y latinos: un hermoso Strabón, un Ausoné. Un Montesquieu en tres tomos... El Voltaire de Kehl; el Rousseau con una

bonita continuación de grabados... El abate Prevost en treinta volúmenes... La «Historia Universal» en ciento veintinueve, «traducida del inglés por una sociedad de letras»... Todos estos volúmenes llevan una especie de uniforme, la encuadernación de ternera oscura, con el lomo muy dorado y los cantos rojos o jaspeados... En otra estantería estaban las ediciones de otra época fecunda; la abundante recolección de 1815 a 1830, los clásicos de Didot y de Lefevre, con la encuadernación de lomo plano y en formas de cuadro o escudo, y también de encuadernaciones puramente románticas, con esos graciosos arabescos dorados y el título en el centro entre dos grandes paréntesis horizontales. ¡Tiempos benditos para las bibliotecas francesas, tiempos de las ediciones en octavo, de tipografía clara, de márgenes generosas y grabados buenos! Saludo también al vuelo estas eternas colecciones de castillo: las historias de Ségur y de Norvins, la «Historia de París», de Dulaure; el «Lycée» de la Harpe... He aquí «Tristán el viajero», el «Joven Anacarsis» con su atlas; las obras de madame Ricceoboni; el repertorio del teatro francés; el «Teatro de los griegos», de Bru-moy; el Shakespeare, de Letourneur, y el Bryon de Pichot. Y tampoco faltan, como es natural, las venerables colecciones de Walter Scott y de Cooper, ni Chateaubriand, ni Béranger, ni Balzac.

Con frecuencia, en las bibliotecas del castillo, la adquisición más reciente es ese Balzac de 1855. Parece como si la curiosidad literaria de los castellanos se hubiese dormido hacia esa época. Después hay algunos Sand, algunos Labiche desparejados, y luego llega nuestra época a grandes pasos. No es de éstas la biblioteca del castillo de Ambleuse que, gracias a la cultura intelectual



de sus propietarios sucesivos, no se ha descuidado de adquirir ni los grandes novelistas del fin del siglo XIX, ni los buenos libros de la crítica moderna, ni los filósofos contemporáneos. Y, pasando por Taine y Brunetiere, se llega hasta Pedro Luis y la condesa de Noailles y Abel Bonard, comprados ya por Jorge de Lespinat.

\* \* \*

En este palacio del libro, donde reina habitualmente un silencio recogido, resonaron ayer por la tarde carcajadas y protestas de la nueva incubación. He aquí cómo. Después de una conversación con Cecilia Bernier, la amiga intelectual de las nenas de Demonville, en la que esta chiquilla llegó a cansarme con sus pretensiones, acabé por decirle que, a mi parecer, todos sus contemporáneos y contemporáneas presentes y ella misma, no «sabían» casi nada en el verdadero y profundo sentido de la palabra, menos el tennis, el patín y algunos términos poco numerosos y no del todo comprendidos de las lenguas extranjeras. Exceptué de este juicio a Jorge, entre los «mayores», y a Pedro y Simona, entre «los pequeños». Te figuras la indignación de nuestra intelectual de falda corta... Poco faltó para que me injuriase. Como yo estaba en mis trece, llamé como testigos a todo el resto de la banda, y pronto tuve que habérmelas con los tres Demonville, Noel y los dos Footner; estos dos últimos protestaban sin violencia y solamente—lo comprendí—por el honor de la vieja Inglaterra. Silvia era la única que no decía nada, contenta de que hubiese exceptuado a Jorge de mis severidades. Me desafiaron

a que probase lo que aseguraba, esto es: ignorancia e incultura de la nueva incubación. Recogí el guante. Quedó, pues, convenido que el primer día de lluvia que impidiese excursiones al aire libre, la juventud de los tres castillos se reuniría en la biblioteca de Ambleuse, que a todos nos pareció el lugar más a propósito para un torneo intelectual. Yo haría a cada uno de los asistentes una pregunta «razonable» sobre las materias que normalmente deben y pueden conocer las personas de su edad. Si todos proclamaban por unanimidad que la pregunta estaba «fuera de concurso», yo cedería y haría otra.

Pronto compuse en mi mente el menú de estos ágapes instructivos. Y, seguro de mi victoria, esperé la primera tarde de lluvia. Anteayer, después de una mañana y un mediodía radiante, el cielo se oscureció al atardecer, y ayer mañana llovía a torrentes... A las dos de la tarde, toda la nueva incubación (menos Pedro y Simona) piaba en la biblioteca de Ambleuse.

Yo había decidido empezar el ataque por la cultura antigua griega y latina. Sam Footner, Guy Demonville y Noel Laterrade hubiesen renunciado de buena gana a la lucha, sin la presencia de las muchachas que reanimaba su emulación. Esta parte del examen fué lamentable. Ninguno de los concurrentes supo traducir correctamente al griego la frase siguiente, tan sencilla, sin embargo: «Si fuese libre, iría a Atenas.»

Sólo Noel, gracias al entrenamiento a que yo le obligo de algún tiempo a esta parte, se acordó del adjetivo «éleuthéros». Pero no llegó tampoco a construir la frase.

En el examen de latín, en el que tomó parte Cecilia Bernier, propuse como traducción la oda



once de Horacio (libro primero), una de las más fáciles:

*Tu ne quæsieris, scire nefas, quem mihi, Finem  
Di dederint, Leuconoe; queen tibi nec Babylonios  
Tentaris numerus...*

Protesta de la concurrencia. Reclamaban el derecho de usar el diccionario. Les respondí que saber una lengua es, ante todo, conocer el vocabulario: el inconveniente de dar diccionarios a los discípulos es, precisamente, que el maestro no puede saber quién buscó diez palabras, quién una y quién se formó la frase entera traducida. Además, es un procedimiento bárbaro y nefasto hacer que durante diez años busque el discípulo la palabra «numerus» en el diccionario, en vez de emplear media hora de una vez en introducir esta palabra con sus diversos sentidos en la memoria del discípulo, y cuidar después de que no la olvide.

Exigí, pues, que cada uno tradujese en un cuarto de hora, y sin más ayuda que sus conocimientos, los ocho versos que componen la estrofa. Las versiones se leyeron en voz alta, y no fué en verdad uno de los mejores momentos de la prueba. Lo que más me contristó, fué que ninguno de los concurrentes parecía haber oído hasta aquel momento hablar del célebre *carpe diem*, que empieza el último verso de la oda. ¿Me creerás si te dijese que Noel, temerariamente, por *carpe* tradujo «carpa»?

Durante esta parte del examen, las chicas (menos Cecilia) se habían burlado de los muchachos; pero ellos se vengaron cuando les puse a ellas el mismo sistema de traducción rápida, para el inglés y el alemán. Había elegi o un soneto de Shakespeare, sencillísimo, y un trozo de un ar-

tículo tomado del «Berliner Tageblatt». El resultado fué menos desastroso que para el latín y el griego; sin embargo, abundaron los contrasentidos; gran número de palabras fueron declaradas desconocidas; la misma May Footner se atascó en un terceto de su poeta nacional. Ante la confusión de las muchachas, los chicos tomaron ruidosa venganza, abandonando por un momento toda galantería e idea de flirt.

Para terminar la cuestión del lenguaje, me faltaba probar a mis amiguitos, que ignoraban su propia lengua. No imité, sin embargo, a Merimée; no les dicté un párrafo de difícil ortografía, porque una falta más o menos no prueba el grado de cultura de una persona. Lo grave es ignorar el verdadero sentido de las palabras, y ese es el caso general.

Dicté esta reflexión de La Rochefoucauld:

«Un hombre hábil debe saber regularizar sus intereses y llevarlos con orden; nuestra avidez los trastorna con frecuencia y nos hace correr hacia tantas cosas a la vez que, por desear demasiado las menos importantes, no hacemos que nos sirvan para obtener las más considerables.»

He ahí una admirable frase francesa, ¿verdad, sobrina? No es posible encerrar con más exactitud y en términos más claros una tan fuerte sustancia de las ideas.

Se la dicté a mis neófitos, rogándoles que me la tradujeran por escrito, es decir, que expresasen su sentido con otras palabras, como si ellos quisiesen explicarlo a un niño, por ejemplo. Jorge tomó parte en el concurso, y este fué su comentario:



«Un hombre hábil debe saber colocar en su espíritu, sus intereses, por orden de importancia, para tener preparado poco más o menos el momento en que ha de ocuparse de cada uno y el esfuerzo que a cada uno debe consagrar. Nosotros trastornamos con frecuencia este sabio método porque queremos obtener de una sola vez todos nuestros deseos. Queríamos acudir al mismo tiempo a las cosas importantes y las que no lo son; y por algún deseo inmediato que sólo ha de reportarnos mediocres beneficios, o quizás ninguno, descuidamos lo que nos los proporcionaría considerables. El hombre hábil sabe que todo no se puede tener, rechaza las ventajas mediocres, o por lo menos, sólo las persigue cuando comprende que pueden servir para conquistar otras considerables.»

Leí este comentario en voz alta, declarándolo un poco prolijo, pero perfectamente hecho. El sentido de la máxima había sido comprendido, y los términos claramente expresados. Fué para mi amigo Jorge un minuto de victoria que llevó alegremente, sin darse la menor importancia; semejante trabajo es un juego para un adolescente de su cultura. La más emocionante fué que Silvia enrojecía como si fuese ella la victoriosa. Blanca Demonville aprovechó el incidente para acercarse a Jorge, hacerle mil monadas e inclinarse sobre su hombro, casi hasta el punto de juntar las cabezas, con el pretexto de ver de cerca su copia. Observé que entonces se oscureció toda la alegría de Silvia.

No te extrañará, querida Francisca, que fue Jorge el único merecedor de elogios. Ninguno de los concursantes entendió las palabras «regularizar sus intereses y llevarlos por orden»; ninguno

tradujo en su verdadero sentido «nuestra avidez lo trastorna con frecuencia». En fin, hicieron unas cosas tan fantásticas, que parecían traducciones descuidadas de algún oscuro texto extranjero.

Bastante avergonzados de la impotencia que no tenían más remedio que reconocer y que a ellos mismos les sorprendía, se excusaron diciendo que nunca les habían pedido «versiones francesas». Les repliqué que lo dudaba, y que, además, era más necesario a los jóvenes franceses comprender las máximas de La Rochefoucauld, que ciertas novelas idiotas de la biblioteca Tauchnitz.

En seguida conduje el examen sobre historia, geografía y aritmética. Todavía no hace tanto tiempo que te visitaba yo en el salón del Instituto Berquin, donde te educaste, para olvidarte de lo que yo me divertía al sondear tu erudición fresquita. Os enseñaban muy mezquinamente en Berquin; pero tú—sin cumplidos—tenías una inteligencia viva y lúcida, que lo suplía todo. Pues bien, a pesar de los progresos de la enseñanza, la nueva incubación no sabe más de historia, geografía y ciencias exactas, que lo que sabían las «pequeñas de Berquin». Los actuales libros de clase demuestran el mismo desconocimiento del espíritu del alumno, el mismo desdén por la noción del tiempo, idéntico desprecio hacia lo que es «aprender» y lo que es «saber». He hojeado el atlas de Noël, y no es más que una sucesión de cuadritos en los que se ven cien Francias pintadas de azul, rojo, amarillo y verde; hay el mapa de los cereales, el de los algodones, el del lino, el de las remolachas, el de las zanahorias, el de la industria del papel; cien mapas, cuya imagen ha de grabar el alumno en su mente. ¿Es que el autor se burla del mundo, o es imbécil?... En cuanto a la historia del



mismo Noel, es un volumen de «setecientas páginas» in-12, de un texto apretado, que expone los destinos de Francia desde sus orígenes hasta 1889. Si tuviese al autor a mi alcance, creo que intentaría estrangularlo...

El resultado de esa enseñanza mirífica es que los alumnos de hoy se encuentran con las mismas dificultades que en el Instituto Berquin te encontrabas tú, querida Francisca, pero de las que acababas por triunfar gracias a la fuerza de tu inteligencia.

No hay un alumno, por cada diez (ni una persona tenida por culta de cada cien), que sepa cuál es la superficie de Francia o la distancia de Chebourg a New York; las bases más elementales de la geografía son absolutamente ignoradas. Haz, por gusto, a una persona (siempre de las tenidas por cultas) la siguiente pregunta: «¿Qué pasó en Rusia durante el siglo XVI?», y recogerás las más divertidas sandeces... En fin, para probar que nadie (salvo los especialistas) poseen los primeros elementos de la aritmética, ofrece—como ofrecí yo a mi pequeña tropa, ya menos orgullosa—el célebre problema que tú y yo llamamos de los cabellos.»

«Estando admitido que una mujer no tiene en la cabeza más de trescientos mil cabellos, ¿hay dos parisienses que tengan exactamente el mismo número de cabellos? Justificar la respuesta con una demostración...»

\* \* \*

Uno de los grandes placeres de la pedagogía práctica es que la juventud se alía pronto y con

gusto a lo que le parece equitativo y verdadero. No tiene ni prevenciones ni decisiones. Reunidos a mi alrededor en la biblioteca de Ambleuse mis neófitos, algo avergonzados, objetaban el «no nos lo enseñaron»...

Cuando pasó la turbación les dije:

—Mis queridos niños, tenéis razón; no os lo han enseñado. Vuestra ignorancia acusa la inercia de vuestros educadores más que la vuestra. Los que hacen libros clásicos son unos perezosos, porque en vez de meditar sobre el espíritu de los niños y adaptar su ciencia a ese espíritu, escriben todo lo que les pasa por la mente, todo lo que pillan de los libracos, y envían ese galimatías al impresor. Perezosos son también los confeccionadores de programas, porque es mucho menos difícil disponer una comida suntuosa que hacer el plato más sencillo y saludable. En fin, vuestros mismos padres no han estado exentos de pereza, creyendo cumplir todo su deber poniéndose en las manos libros y unos programas indigestos.

«No sin tristeza os digo que para cambiar de método con vosotros es ya demasiado tarde. Ya están fijados vuestros hábitos de comprensión y de trabajo, y los arrastraréis toda la vida, a menos que se opere una violenta reacción de energía y un nuevo esfuerzo muy intenso. Sin esa reacción seréis, como la mayor parte de nuestros contemporáneos, de cultura tan superficial, que lo mismo daría una ausencia absoluta de ella... Sabréis de alemán o de inglés tanto como un portero de hotel; eso no es inútil, pero observad que una criada o un mozo de café aprenden lo mismo en seis meses de servicio en el país. Sabréis jugar al «tennis», al «golf», patinar; pero se podrá apostar ciento contra uno a que no estaréis entrenados ni



disciplinados para la marcha, y que no sabréis defenderos contra la fuerza contraria o salvaros por las ventanas y los tejados en caso de incendio: cosa que sería mucho más útil que lanzar una pelota con raqueta.

»Dejando a un lado la cultura física—afortunadamente restaurada en vuestra generación, y únicamente poco práctica—, voy a deciros algunas cosas que podrán seros beneficiosas, si es que deseáis poseer un poco de cultura.

»El primer conocimiento que importa poseer es «el propio idioma». Por el idioma materno afluye a nosotros todo lo que no nos enseñan los sentidos. La niñez será más rica de ideas cuanto más comprensiva sea. Por eso, es criminal debilitar la facultad de comprensión y vuestra facilidad de aprendizaje, abarrotándoos de palabras, giros y acentos extranjeros.

—Entonces—exclamó Guy—, ¿no debemos estudiar nunca más lengua que la nuestra?

—¡No me hagas decir tonterías!—repliqué—. Los idiomas son útiles para la práctica de la vida y el enriquecimiento del espíritu; eso, ni que decir tiene. Además, su aprendizaje ejercita; eso se llama «espíritu de análisis». Pero ese espíritu de análisis debe ejercitarse primero sobre el propio idioma; y sólo después de conocerlo profundamente conviene, para su más amplio desarrollo, el estudio de una lengua extranjera. Y expongo a este propósito dos axiomas:

»I. Nada es más fácil ni divertido que aprender una lengua extranjera.

»II. Todas las lenguas pueden aprenderse con el mismo método, y lo importante es poseer perfectamente ese método.»

Jovenzuelos y jovencitas agrupados alrededor de la mesa central, gritaron:

—¡Denos pronto ese método!

—El método—proseguí yo—se aprende al mismo tiempo que la primera lengua extranjera. Para los franceses, yo estimo que debe ser el latín. Por todas partes encontraréis las razones de esta preferencia, pero contentáros ahora con ésta: saber el latín es el camino más corto para llegar a saber el francés. Además, el latín es un excelente tipo de lengua extranjera para estudiar el método general de aprendizaje. Siendo muy parecido al francés por el espíritu y las palabras, es, en cambio, muy distinto por las flexiones, es decir, por las declinaciones, conjugaciones y por la construcción.

»Pero veo en el rostro de Cecilia cierta impaciencia. Atienda, señorita, he aquí el método:

»Primero, aprender por medio de la memoria y la práctica el vocabulario y las flexiones.

»Aprender después los elementos de la gramática con notas sobre las conversaciones y sobre los textos leídos.

»Tener bajo llave el diccionario y la gramática. Ya habrá tiempo de sacarlos cuando sepáis la lengua.

»Veréis lo que quiero decir: exclusión del diccionario y la gramática.

»Ya os he dicho que encuentro bárbaro el procedimiento que consiste en aprender los diversos significados de la palabra «numerus» buscándola cien veces en el diccionario. Además, hemos visto que después de tanto hojear el diccionario, nadie ha sabido traducir «numerus babylonios». El vocabulario debe aprenderse directamente, por medio de la conversación y de la lectura, y bajo la



dirección de un buen maestro. Una vez comprendidas las palabras, hay que fijarlas en la memoria y no dejarlas escapar... —Pero, objeta mi sabio colega Enrique Poincaré, no se aprende el latín para preguntarle a Cicerón el camino de una calle de Roma—. De acuerdo, querido colega. Tampoco diremos que el alumno sabe el latín cuando pueda preguntar correctamente a Cicerón las vías de Roma; diremos solamente que ha dado un paso decisivo en el conocimiento del latín y que va mucho más deprisa que por el sistema ordinario de las escuelas, el cual le obliga a caminar eternamente con un diccionario debajo del brazo.

»Aunque una lengua lleve quince siglos «muerta», por algo se sigue llamando «lengua»; el órgano esencial de su transmisión es la lengua, la palabra humana, y es debilitar esta fuerza de transmisión leer las palabras antes de entenderlas y escribirlas antes de pronunciarlas.

»Una vez que sepáis la lengua extranjera poco más o menos como se sabe la materna a los seis años, es decir, que poseáis un vocabulario y que os sean familiares las flexiones y los giros, entonces (lo mismo que en el idioma propio) será el momento oportuno para abordar el estudio analítico. Entonces os será útil la gramática, porque os hablará de cosas que conocéis, y encontraréis en vuestra memoria la corroboración práctica de su enseñanza... Entonces podréis hacer temas y versiones sobre textos bastantes difíciles, para ejercitar el «espíritu de análisis», y el problema será doble: primero, compenetrarse del sentido, como en la frase de Rochefoucauld; en seguida, transportar ese sentido de una lengua a otra, resultado útil, pero independiente de la ciencia que se tiene de la lengua extranjera. Porque se puede compren-

der perfectamente una sátira de Juvenal, y ponerla muy mal en francés. Son dos dones «distintos», dos aprendizajes «distintos», dos estudios distintos; llamo sobre esto la atención de mi sabio colega. Es cierto que muchas traducciones francesas de autores antiguos, hechas por excelentes latinistas o helenistas, son menos que mediocres. Y es que esos doctos personajes no eran escritores, y para «verter» al francés a Virgilio o Teócrito, no basta «comprenderlos».

Jorge hizo entonces esta observación:

—Nos ha hablado usted sobre todo del latín... ¿Debe esperarse a saber el latín para empezar a aprender las lenguas vivas?

—No—repliqué—. Debe esperarse solamente a que el alumno posea bien el método de aprendizaje uniforme para todas las lenguas, vivas o muertas. Por ejemplo, yo estimo que hacia los trece o catorce años, Pedro y Simona estarán diestros en este método. Entonces lo mejor será enviarlos a continuar los estudios (si es posible) un año en Inglaterra y otro en Alemania. Es lo mejor, puesto que así se recibe la enseñanza directa; pero si no puede ser, aprenderán el inglés y el alemán en Francia, lo mismo que aprendieron el latín, con la diferencia de que es mucho más fácil encontrar maestros que hablen bien el alemán que el latín. En resumen, con el método expuesto no hay nada más sencillo que aprender una lengua extranjera.

Tú supondrás, seguramente, que mi auditorio empezaba a encontrar el discurso un poco largo, ¿verdad, Francisca? Pues te equivocas. Por de pronto, no fué un discurso, porque hubo protestas, interrupciones y aprobaciones, que le hicieron un animado acompañamiento... Además, les interesaba el asunto, no obstante su seriedad, porque no



era una enseñanza «en el aire», porque estaba aún latente el fracaso del examen, y las palabras que yo pronunciaba, en vez de presentarse como una disertación académica, comentaban un hecho reciente, un hecho que les concernía. Ahí está el secreto de la enseñanza práctica.

Aún pidieron más; quisieron ideas sobre la enseñanza de la historia, de la geografía, de las ciencias matemáticas y físicas; no te repito lo que les cortesté, porque sobradamente conoces mis doctrinas.

Al mismo tiempo que mi conferencia, la lluvia tuvo la irónica gentileza de cesar. Un rayo de sol un poco amarillento, muy otoñal, vino a dorar las encuadernaciones leonadas de los antiguos libros. Despedí a la chiquillería, que escapó hacia los parques para buscar setas. Jorge fué el único que se quedó.

—¿Abusaría de su complacencia—me dijo—si le pidiese unos instantes de conversación?

Subimos juntos a mis habitaciones. La próxima vez te contaré lo que tenía que decirme.

## CARTA VIGESIMOCUARTA

Mi amigo Jorge.—Confidencias.—Petrarca y Casanova.—El temperamento de los franceses jóvenes de hoy.—Méritos de Silvia.—Una evocación.—Escena a lo Juan Jacobo.

Ambleuse, 12 de septiembre.

Tú no ignoras, querida Francisca, que mi joven huésped Jorge de Lospinat, sin crecer a la vista esa perfección de «muchacho guapo» consagrado, tiene muy buena figura. Una de esas figuras tan escasas en Francia, en la que todo se vela, el pensamiento activo y los sentimientos robustos; una figura que traduce la intensidad de la vida interior. La cabellera negra, abundante, peinada con raya hacia un lado, encuadra con negligencia suntuosa un rostro mate, de frente ancha, mentón fino y nariz firme; un rostro cuya expresión sería ruda sin la ternura de la boca irregular, un poco gruesa; sin los ojos oscuros, de los que se habría dicho con justeza en tiempos de madame de Sevigné que son dos más hermosos del mundo», al menos por su fuego y su inteligencia... Su madre (me han contado) tenía los mismos ojos y su mismo encanto ardiente, contenido, irresistible. De su padre, posee Jorge la hermosa silueta de sportman, la gracia fácil de sus maneras, un timbre de voz, bas-